



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

GERMÁN HERNÁNDEZ



Adornaron su carrera
con laureles sus pinceles.
¡Bien podría, si quisiera,
dormir sobre sus laureles!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Otro suicida?, por Eduardo Bustillo.—El cabo de gastañores, por Fiacro Vrázoz.—Al aire libre, por Juan Pérez Zuñiga.—Visita de inspección, por Sinesio Delgado.—A un joven ambicioso, por J. Francos Rodríguez.—Concurso de sones.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Germán Hernández.—El vicio.—Anuncios, por Cilla.



Desde que se inicia el calor, comienzan a pensar en viajes casi todos los vecinos de Madrid. Entre éstos hay muchos que emprenden la marcha desde luego, con ó sin familia, y desaparecen de la noche á la mañana, olvidándose hasta de pagar al aguador.

En cambio hay otros que se pasan el verano entero preguntando á todos sus conocidos:

—¿Adónde me aconseja usted que vaya?

Hace años que conozco á un sujeto casado y con hijos, uno de los cuales parece un conejo desollado y los otros dos no pesan juntos arriba de catorce libras. El papá siempre está diciendo que se los va á llevar fuera, para que se ventilen y recobren la salud; pero pasan años y años, los chicos continúan montados en alambres y el papá no cesa de decir:

—No sé qué hacer. Estoy por llevarmeos á Gijón; otros me aconsejan que vaya á Vigo y otros que á Plasencia.

Pero yo lo que veo es que no se muere de Madrid y se gasta en teatros y francachelas lo que podría dedicar al saneamiento de la familia.

Otros padres, por el contrario, se sacrifican por la prole, y en cuanto llega el mes de Junio, ya están echando cuentas y molestando á todos los amigos.

—¿Conoce usted á alguien en Ribadesella?

—No, señor.

—¿Sabe usted si aquello es barato?

—No sé decirselo á usted.

—¿Me daría la empresa del Norte cinco billetes á mitad de precio?

—Lo ignoro.

Alguno se dirige desde luego al alcalde de una población de la costa para pedirle noticias sobre alquileres de casa, precios de los comestibles y demás.

«Ruego á usted me diga cuánto podría costarme una habitación para tres personas mayores y cuatro niños. Descamos que tenga poca escalera, porque mi esposa está muy pesada y se sofoca cuando tiene que subir.

»También quisiéramos saber el precio de los artículos de primera necesidad, como son judías, bacalao, patatas, lechugas, etc.

»Mi madre política sabe hacer flores de trapo y no tendría inconveniente en dedicarse á la enseñanza de este arte, durante su permanencia en esa población, á cuyo efecto remito á usted su retrato en busto, para que me haga el favor de exhibirlo en un punto céntrico.»

Antes de salir de Madrid este padre cariñoso, ya ha ocasionado varias jaquecas aguende y allende el Pajares; pero él ha conseguido su deseo y todo lo demás le importa un rábano.

—El doce, sin falta, salimos de Madrid—dice á su familia.

Y comienzan los preparativos del viaje.

Á la suegra le improvisan un sombrero de paja, con muchos lazos y una alcachofa de gasa, para que se presente con decoro ante sus futuras discípulas.

—Póngaselo usted, mamá, para ver cómo la sienta—dice la hija, y planta sobre el moño tísico de la pobre señora aquel armatoste.

—¡Ay! ¡La abuelita con sombrero!—gritan los niños.

—¿Qué fea está!

—Se parece al payaso del Circo.

—¡Silencio!—dice la madre.—¡Fuera de aquí!

Pero ellos no se van, para poder reírse á su gusto.

En esto entra el padre y les increpa.

—¿Cómo se entiende? ¿Es así como respetáis á vuestra abuela?

¿No comprendéis que tiene que presentarse en el pueblo con la mayor decencia posible? ¿Estaria bonito que una profesora en flores llevase pañuelo á la cabeza!...

Una de las dificultades más difíciles de vencer es la de los billetes de los niños. El menor tiene nueve años y el mayor catorce, pero hay que decir que ninguno pasa de los siete.

—¡Mucho cuidado!—grita el padre.—En el coche tenéis que ir encogiditos, para que no se os note la edad. Mira—dice á su mujer.—á Manolo puedes vestirle con falditas y así no tendremos que tomarle billete. Los otros dos, con pagar un asiento, están despachados.

En el coche se arma una cuestión tremenda con el encargado de revisar los billetes.

—Estos niños pasan de la edad—dice éste.

—No, señor; es que están muy crecidos porque toman aceite de ligado de bacalao—contesta la madre.

—¿Cuántos años tienen?—pregunta el revisor.

—Este tiene dos y medio—responde la mamá señalando al chiquitín.

—No, que tengo nueve—responde el interesado.

El papá le suelta una patada secretamente, y el niño rompe á llorar con verdadera amargura.

Obstinase el revisor en que ha de cobrar los billetes; protesta el padre, gruñe la madre, se enfurece la suegra, y comienza á ladrar el perro, oculto en un saco de noche.

—¿De quién es este perro?—dice el empleado.—Tiene que ir á la perrera.

—¡Jamás!—ruge la mamá política.

Y coge el animal y lo tapa con el hongo de su yerno, dispuesta á verter hasta la última gota de sangre.

El revisor espera que el tren se detenga para pedir auxilio, y efectivamente, en el Escorial penetra en el coche el jefe de la estación y exige que se cumpla la ley, no sin que el padre de familia ponga el grito en el cielo desatándose en injurias contra las empresas de ferrocarriles y el ministro del ramo y la prensa y el nuncio.

Así es como viajan y se divierten muchas familias de Madrid todos los veranos.

LUIS TABOADA.

— * * —
¿OTRO SUICIDA?

Y la cartita vaya
al ilustre marqués de Bogaraya,
amigo á quien yo quiero
porque me á lo marqués lo caballero.
Pues la carta que digo,
al pie tiene la firma de Postigo
y claro deja ver
que éste el de San Martín no puede ser.
Dice así la cartita
que me encontré en la calle de Zurita:
«Señor Gobernador: Desesperado,
limpio de polvo y paja y de dinero
y del todo arruinado
por gracia de las manos de un banquero,
echo al último albur mi mala suerte,
y aquí á Vucencia declararlo quiero
porque á nadie se culpe de mi muerte.
»Como hay en esta corte, en cada calle,
un Circolo vicioso
en que no falta tallador que tallé,
ya al monte con el salto peligroso,
ó al bucarra, que á Ravachol dió renta,
ó á ese treinta y cuarenta
que también del francés está arreglado,
¿qué hemos de hacer, señor, los que creemos
que, con un salto ó pase á tiempo dado,
sin trabajar enriquecer podemos?...
»Mas ¡ay! ¡qué mal creído!
Sobresaltos de sillón me han perdido,
pues toleraban juez y polizonte
que, como cabra yo, tirase al monte.
»Y pregunto, señor: ¿el juego es licito?

¿Por qué no anda Vuestencia más solícito y el juez, atento al código, no ha de reclar un *casero* á tanto pródigo?

«Pródigo padre soy y, en la ruina, sólo en el modo de matarme dado; y si á morir la suerte me destina, dicte la suerte ya su fallo mudo.»

«Voy al Círculo: allí saldrá una *cor* y un *caballo* saldrá seguramente; y allí, entre tantos *puntos*, nadie nota que soy el más valiente.»

«Yo mi sangrienta idea disimulo y espero muy tranquilo; si en la *caja* está el *salto*, me estrangulo, y si está en el *caballo*, me fusilo.»

«Ahí va mi último *carro* y que Vuestencia la estudie con conciencia, y dé al Gobierno *enhorabuena* más, pues ya cobra *mis puntos* en *Loterías*...»

Y lo firma Postigo. Y aquí arabos: y, aunque por desollar nos queda el rabo, á su destino la carta vaya, á á mi amigo el marqués de Bogaraya.

EDUARDO BOSCHLO.

EL CABO DE GASTADORES

Manolillo es un cabo de gastadores, según dicen sus jefes, de los mejores, porque no hay en el arma de infantería quien tenga sus *medallas* y gallardía.

Guapetón y arrogante sin fingimiento, cuando va á la cabeza del regimiento parece que se dice con diplomacia:

—¡Ponte tieso, Manolillo! ¡Viva tu gracia!—

Al andar, marca el paso siempre cortito, porque eso, en formaciones, es muy bonito; con el brazo encorvado luce la manga, y al compás de las notas de la charanga le rodea una turba de admiradores que estudian para... cabos de gastadores.

Una noche, en la calle de la Montero, y al pasar Manolillo junto á la acera, se encontró á una modista... ¡qué criatura!... ¡y qué cara... qué ojos... y qué cintura!...

Al pasar por su lado la habló de amores nuestro arrogante cabo de gastadores; pero ella, indiferente, lo tomó á risa y siguió su camino con mucha prisa.

—¿Qué es eso? (dijo el mozo) ¿Que no me quieres? ¡Pues bonito es el chico con las mujeres!—

La siguió mucho rato, y ¡oh desventura! como estaba la noche bastante oscura, se distrajo un momento,

perdió la pista, se metió en una calle... ¡y hasta la vista! —¡Bonita contratiempo! (pensó Manolillo).

¡Me he *perdido* esta noche como un *caño*!

¡La chiquita es muy mona! ¡Vaya si es guapa!

¡Lo que es cuando la encuentre no se me escapa!—

Al volver la otra tarde del campamento, marchando á la cabeza del regimiento, cuando no se acordaba de tal conquista, se encontró de repente con la modista.

—¡Ahora sí que la sigo! (dijo Manolillo, que sin duda olvidaba que no iba solo).

¡Yo lo de ver dónde vive! ¡Llegó el momento! (Y á todo esto delante del regimiento, que ignoraba el impulso de estos amores y seguía á la escuadra de gastadores.)

Hora y media lo menos y á toca ropa fué siguiendo á la chica toda la tropa.

Al llegar á la calle de Santa Rita, se metió en el cuarenta, que es donde habita; se paró Manolillo, y en el momento se detuvo la escuadra y el regimiento.

—¿Qué es eso? (dijo el jefe) ¿Qué es lo que pasa para habernos parado frente á esta casa? —¡Es que me he distraído, mi comandante, pero esa modista fué la causante!

FAC. O. V. WAZOZ.

AL AIRE LIBRE

Mientras las personas reseca que disfrutan desahogada posición abandonan la corte para ir á salirse el vientre en el ancho mar y pasan la noche en estado de humedad, va que no en es-

tado de gracia, los humildes habitantes de Madrid, atormentados por la calor y la sudor, salen de noche á las afueras de la capital. Y hasta se forjan la ilusión de que respiran, cuando lo que únicamente hacen es librarse un rato de que en sus miserables mazmorras les asalten en cuadrilla los tan reputados insectos propios de la estación: esos pequeños *lavacholes* de verano, que siembran el desasosiego en los hogares y que suelen morir como el célebre anarquista: violentamente y sin manifestar creencia alguna religiosa.

Los individuos de uno y de otro sexo que no gustan de pasear extramuros, se contentan con formar corrillos en las calles, sentándose delante de los portales y de las tiendas, con lo cual prestan animado aspecto á la población é interceptan de camino la libre circulación de los transeúntes.

La portera, el tabernero inmediato con su distinguida esposa, la peinadora del sobalbaco, la tendera que ha pasado el día vendiendo estropajos, ó gafas de vista causada á bulas para difuntos, dos ó tres criadas de la vecindad (que tienen á sus amos fuera) y algún que otro barbero chistoso, figuran como elementos importantes en las tertulias callejeras.

Unas noches ameniza la reunión la guitarra del tabernero, otras el chiquillo de la peinadora, que se pasa dos horas pidiendo á fuerza de berridos que le aciesten, hasta que su madre le sube al cuarto y le acuesta dentro de una besuguera sobre el fogón.

En la tertulia se murmura de todo el barrio: se comentan los sucesos culminantes del día, desde las interpelaciones de Marengo hasta las bulas de Irún; se cuentan cuentos de todos colores (predominando el que ustedes pueden figurarse), y al par que se toma el fresco, se toma el pelo á los vecinos que lo merecen.

Allí las muchachas se rien del señor que vive en la casa de al lado, carabiniere retirado él, tan fogoso y tan despreocupado que pasa la noche al balcón en calzoncillos, con su señora á la derecha y un botijo á la izquierda. Y no es nada lo que celebran las equivocaciones del buen señor cuando, medio dormido, hace una caricia al botijo creyendo que es su señora, ó coge á ésta para echar un trazo, hasta que advierte que no tiene pitorro!

Allí se pone de vuelta y media y uno de los vucitas al infeliz transeúnte que pasa arrimado á la pared y no tiene la previsión de salirse al medio de la calle para salvar la integridad del corrillo de aquel corrillo obstruccionista que en lo murmurador puede hacer la competencia á los arroyuelos más acreditados.

Allí, en fin, se reniega del casero (esto se hace también fuera de allí), se silba ó se tararea la canción más en boga, con grave detrimento de la misma, y se echan pestes del Gobierno, que no pone como á los abusos del termómetro y de los insectos que amenazan y amezazan la vida del hombre durante el estío.

—Señor Cosme—le dice la portera á un vecino de Sevilla que era sastre de portal y hoy es sastre de guardilla por ascenso natural. —¿tiene usted muchas pulgas en su cuarto?

—Señor Casta—responde el vecino,—no me he atrevido á contarlas; pero muchas debe de haber cuando el ruido que hacen al saltar me despierta por las mañanas.

—Pues yo—dice la cacharrera de la esquina—tengo la suerte de que en mi cuarto no haya una pulga. En cambio, pídanme ustedes chinches y mosquitos.

—Mil gracias—contesta la portera.

—Es un decir. Y usted ¿qué tal anda de bichos, señá Bonifacia?—pregunta el tabernero á otra mujer del corro, que fué alcaldesa de barrio y tuvo de resultados dos gemelos como dos conadrezas.

—Yo debo de tener la sangre como agua de Loeches—responde la señá Bonifacia,—porque no se metan los bichos conmigo para nada. Váyase por lo que inartirizan á mis pobres gemelitos. Sobre todo al mayor, da lástima ver cómo me le ponen. La otra noche se le comieron una oreja entre seis pulgas y dos mosquitos de trompetilla. ¡Mire usted que se necesita mala idea!

—Pues yo creo—interrumpe el barbero chistoso—que usando esos polvos que venden para matar los insectos se ve uno libre de ellos; sobre todo cuando los insectos mueren, porque luego no queda más trabajo que darles cristiana sepultura.

—Tiene usted razón, Ambrosio—dice otra individuo de la tertulia.—A mí me va muy bien con los polvos. No es broma, no, señá Casta.

—Pues á mí no me han dado resultado ninguno—añade la portera.

—Porque no sabrá usted echarlos.

—Sí, señora; si eso es muy fácil.

—Pues mire usted, yo tengo la casa plagada de correderas, aunque me esté mal el decirlo—interrumpe la peinadora.—y ¡sabe usted lo que hago! Derramo en el suelo una caja de polvos, y á ellos acuden en tropel las inocentes. Se atracan, y al cabo de dos ó tres días notan así como vértigos y náuseas y andan por la casa sin darse cuenta de lo que hacen. Después no hay más que dar un buen escobazo á cada una y es asunto concluido.

—Menos mal que puede usted matarlas sin que nadie le gruñe—dice la cacharrera.—Yo tengo un marido que en cuanto ve que voy á dar fin de alguna encarracha, me detiene, diciéndome con lágrimas en los ojos: «No la mates. ¡Quién sabe si será alguna honrada madre de familia!»

—Y las deya que vivan á sus anchas!

—Toma! Y les echa migas de pan. El mejor día las convidó á leche menguada... ¡lo que no hace conmigo!

EL VICIO



A la hermosa Socorro amaba Bruno, y una noche la dijo en el teatro que, si ella le quería como uno, él la adoraba á ella como cuatro.



Al salir medio loco de alegría la siguió recogiendo sus miradas, como á la noche el lucinjar del día encendido en sus propias llamaradas.



Y como Bruno piensa, y bien pensado, que el hombre que no fuma es un chiquillo, quiso echar un pitillo embuquillado.



Pero ¡oh rabia! ¡oh dolor! ¡oh suerte imita! En vano lo buceó, no lo tenía.



Y ¡sarcasmo feroz de la fortuna! no los podría hallar, negros ni blancos, porque era ya la una y no estaban abiertos los estancos.



Quien halla en el tabaco un alimento y se encuentra en un caso parecido, comprenderá el tormento que produce el deseo comprimido.



Arrojó un trasconante una colilla, y el pobre Bruno se lanzó sobre ella, ebrio de fofo... con tan mala estrella que le miraba entonces su chiquilla.



¡Todo había acabado! Al ver las consecuencias de su vicio se quedó el infeliz petrificado... ¡pero siguió chupando el desperdicio!

En esta y otras conversaciones pasan la noche al aire libre los miembros del corro, y cuando el sueño les rinde, levantan la sesión.

Más de cuatro noches se quedan dormidos los encimados con el chuzo, ó alguna vecina trasnochadora que al regar las plantas de su balcón riega á la tertulia bonitamente.

Y no falta aquellito rezagado y dormilón que cuando abre los ojos atribuye aquella humedad al rocío de la mañana.

JEAN PÉREZ ZÉSIGA.

VISITA DE INSPECCIÓN

Tales quejas llegaron á la gloria de la torpe impiedad de nuestro género, que Dios mandó á un arcángel, el más listo, que se enterara por sus propios ojos.

Descendió el emisario á toda prisa, trayendo bajo el brazo el arpa de oro, llegó á la Tierra, se quitó las alas, el arpa celestial dejó en desuso á un vate melencólico, que al instante la echó á perder sin encontrar el tono, y quedó convertido en un sujeto ruin y vulgar de americana y hongos.

Recorrió todo el mundo, en todas partes pudo estudiar la humanidad á fondo y aprender de memoria en poco tiempo usos, costumbres, caracteres... todo!

Vió á los hombres en lucha enarbolada por cosas sin sustancia y sin molle, y á las pobres mujeres en terribles discusiones de fécas y abalorios.

Vió trepar á la cumbre á los audaces que tachaba la gente de ambiciosos, y sólo ambicionaban distinguirse con trapos llamativos y estrambóticos.

Vió á los enamorados (siempre iguales) creerse de verdad un sí á otros y gozar y sufrir con ilusiones y hacer promesas y volverse locos.

Vió despreciar la paz y la alegría por la guerra de estériles negocios, y encontrándose cerca del sepulcro, vivir deprisa por llegar más pronto.

Y las alas se puso, cogió el arpa con las clavijas y el coraje rotos, y volvió á la presencia del Eterno pidiendo audiencia sin quitarse el polvo.

—¿El mundo viste?

—Sí, señor.

—¿Qué opinas?

—Que se le debe despreciar de un soplo: ¡esos hombres no tienen compostura!

—¿Qué? ¿Son tan malos?

—No, Señor: ¡son tontos!

SINESIO DELGADO.

Á UN JOVEN AMBICIOSO

Joven, si quieres medrar y hasta las cumbres subir, no te cuides de estudiar... cuida de perfeccionar tu manera de vestir.

Cualquier prenda, bien cortada, proporciona una carrera, y la levita entallada, con acierto manejada, es un arma de primera.

En la lucha de la vida (á veces lucha salvaje) se alcanza el triunfo enseguida si la coraza es lucida, y la coraza es el traje.

Así ocurre que un gandal tosco como un abedul vence en todas las contiendas, con sólo sacar las prendas guardadas en su baúl.

Un hombre bien trajado, aunque tenga el cráneo hueco, consigue verse encumbrado. ¡Cuántos destinos se han dado por influjos de un chaleco!

Si quieres medrar de veras y pasar por hombre ducado, usa prendas extranjeras,

y sobre todo *chisteras*, que ahora en Madrid pueden mucho.

No eches al cerebro lastre si ambicionas ser ministro. ¡Que la ciencia no te arrastre! Elige mejor registro para medrar. ¡Busca un sastre!

Vestir mal es desatino, conforme las cosas van. La moda se abre camino, y á veces está el destino de un muchacho en un galán.

Los *tailleurs* más afamados debieran poner letreros diciendo á los caballeritos: «Aquí se hacen caballeros á precios muy arreglados.»

Pronto celebre seré, me dijo un *chístarabí* que no sabe ni la z. ¡Y me enseñaba un *chaquí* que se trajo de París!

Con el frac, otro me dijo, á mí me basta y me sobra para ser grande, y de fijo tendré más cuartos que cobra por torear Lagartijo.

Y cundiendo la teoría.

ya no hay nadie que trabaje, y es muy común en el día ver á la gente que fia toda su suerte á su traje.

Por eso yo te aconsejo

que uses el nuevo manejo, si es que ambicionas subir. ¡Que tienes el traje viejo? Te haces varios, y á vivir.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

CONCURSO DE SONETOS (1)

XVI

¡QUIERO SER GALLO!

¡Cuánto envidio tu suerte, oh noble gallo! el de agudo espolón y altiva cresta, pues me entusiasma tu figura apuesta y algo de grandiosidad en tus instintos hallo.

Despótico sultán, todo vasallo ríndete culto, adoración te presta... ¡y hasta da la gallina más honesta con su virtud al traste en tu serrallo!

¡Oh, Señor, que mis ansias adivinas, permite que te pida un disparate: aunque al fin de una vida sin espinas me guisen con arroz ó con tomate, conviértete á las mujeres en gallinas y haz luego un gallo de este pobre vate!

Caim'ara.

XVII

ECCO IL PROBLEMA

Ya sé, mujer, que estás arrepentida y que tu alma en el bien mucho adelanta; mas cómo he de pensar que virtud tanta brote del corazón de una perdida!

Tú jamás has creído en la otra vida ni tuviste jamás pujos de santa, pues donde posas tu pequeña planta, el vicio reinado siempre anida.

Bacante del amor y la impureza, provocan al mirar tus negros ojos y estás exuberante de hermosura...

¡Quiero que me respondas con franqueza! Cuando ante los altares caes de hinojos, ¿adoras al Señor ó al señor... cura?

Cachupin

XVIII

NUNCA DICHOSO

«Cuando se ceba en mí la desventura, cuando la pena sin piedad me asienta, la idea de la vida me es odiosa y quisiera encontrar mi sepultura.

Pero cuando el amor ó la hermosura mi vida harían placida y dichosa, me estremece la idea de la fosa y pienso en el morir con amargura.

¡Es la ley inmutable de la suerte! No podré ver mi dicha conseguida, ni tendré paz hasta que yacza inerte;

pues preocupan mi mente enardecida, cuando gozo, la idea de la muerte, cuando sufro, la idea de la vida.

Durandarte.

XIX

¡LUZ!

¡Por qué causa el oscuro sacristán, al comenzar el cura su sermón, nos quita con auxilio de un telón la claridad que las ventanas dan!

¡Cuándo del templo á desterrarse van costumbres que rechaza la opinión? Si ayer llego á encontrar una ocasión, hubiera dicho al padre capellán:

—Por décore de aquel que está en la cruz, ¡que corran las cortinas otra vez!

pues la luz no molesta para oír: porque es dejar el templo á medias luz lo mismo que decir á más de diez: devotas y devotas... ¡á dormir!

Amir.

XX

CAPRICHIO DE MUJER

Hundióse el sol en el rojizo lecho, y á la luz del crepúsculo espirante admiraron las flores tu semblante, de nieve y grana y de jazmines hecho.

Te habló una rosa de adornar tu pecho... Desdeñaste la súplica galante. Sus pétalos brillaron un instante

(1) Esta semana se han recibido ochenta y cinco.

en lágrimas bañados de despecho,
 ¡Oh, qué necia ambición!—dijo otra rosa
 irguiéndose en el tallo irreverente.—
 ¡El campo abandonar por una hermosa!...
 Y aquella flor que te ofendió insolente,
 cortándola con mano cuidadosa,
 la prendiste en tu seno dulcemente.

Marcel de Oregón.

XXI
 TINIEBLAS

Noté la semejanza con espanto:
 con la luz que las naves invadía
 era un remedo artificial del día
 la inmensa catedral en Jueves Santo.
 Del *Miserere* el imponente canto
 sonoro á los espacios ascendía,
 y un monago, bujía por bujía,
 apagaba las luces entretanto.
 ¡Exacta copia de la eterna escena!
 El universo, en esplendente brillo
 lo soberano y lo mezquino aduna;
 y al par que el himno de los mundos sacra,
 la muerte, desdentado monaguillo,
 va apagando las vidas una á una.

Somers.

XXII
 DESALIENTO

Al amor y á la gloria el pecho aliento
 lancóme en pos del ideal soñado,
 sin medir en mí anhelo arrebatado
 la extensión y aspereza del desierto.
 Hambre, sed y fatiga, de concierto,
 han contra mí sus iras extremado,
 con un camino eterno que he dejado
 con mi sangre y mis lágrimas cubierto.
 Hoy, después que he perdido en la jornada
 fe y esperanza y entusiasmo y vida,
 la ilusión tanto tiempo acariciada
 truécase en tedio inerte á mi alma herida,
 que gime y muere, sin alán por nada,
 delante de la tierra prometida.

Arriyo, Clara.



En el soneto número XIV del concurso, titulado *Un concejal* y publicado en el número anterior, hay una errata que vamos á rectificar ahora mismo.

En el verso que dice: «que sirvió á las vecinas de cimbel,» debe decir «á los vecinos.» Porque las mujeres no tienen nada que ver en esas cosas.

Recordarán ustedes que hace pocos años se presentó el cólera en un pueblo de la provincia de Valencia.

No hay para qué decir que en seguida nuestros vecinos los franceses se acordonaron en toda regla y nos fastidiaron de lo lindo. Y el cólera... no pasó adelante.

Bueno, pues ahora lean ustedes:
 «Paris 12.—El número de coléricos ingresados en los hospitales de París hasta ayer era el de 51.»

Y nosotros hemos ido y ¿qué hemos hecho? Declarar sucias las procedencias de... la Rusia Meridional.
 ¡Somos unos méndigos!

Yo tengo la manía
 de pescar ranas.
 Sé que junto al estanque
 por las mañanas
 tomas el fresco...
 ¡Conque anda con cuidado,
 porque te pescó!

El año económico empieza bien, á Dios gracias.
 En cuanto han empezado á regir los nuevos presupuestos municipales,
 ha habido un motín en cada pueblo.
 Es decir, no: en algunos ha habido dos motines.
 Y lo que te rondaré, morena.

Es gracioso lo que está pasando con las tarifas de ferrocarriles.
 Resulta que si no se aprueban inmediatamente, mueren en el acto una porción de industrias y quedan sin trabajo algunos miles de obreros.
 Y es chocante que hayan podido vivir tantos años con las tarifas antiguas, y ahora no puedan aguantar un minuto más. Todos los días publican los periódicos ministeriales *acabadas* exposiciones dirigidas á los poderes públicos y firmadas: por la fábrica *Tel*, Fulano; por la mina *Cosa*, Mengano, y así sucesivamente.
 No les falta á las compañías más que una cosa: que los viajeros de todos los trenes *eleven* una súplica á las Cortes pidiendo por la Virgen del Carmen que les aumenten el precio de los billetes en un doce por ciento.

Leo:
 «Dice un periódico que dentro de breves días dará por resueltas el director interino de Comunicaciones, Sr. Dato, las cuestiones del personal de Telégrafos.»

Los que las darán por resueltas, si querun, son los telegrafistas, que son los que mandan, compadre.

Por cierto que ahora que tienen la sartén por el mango, dan y quitan capiteos y hacen mangas y capirotos, son unos inselicos si no le dicen al Gobierno:

—Desde mañana nos va usted á dar chocolate con picatostes, y si no, no jugamos.

A una chica soltera de Granada
 se le olvida comer y está delgada.
 Y á otra chica soltera en Valdeaneros
 se le olvida vestirse y anda en cueros.
 De estas y otras solteras
 ¿qué dirán las edades venideras?

EMILIO C. OLARAN.

Libros:
Un viaje á Lemaú, conferencia política del ilustre orador D. Rafael María de Labra, folleto de propaganda republicana.
Cuatro tiras, episodio á vuelo pluma, por D. Eugenio Sedano y González. Narración corta, interesante y bien hecha.
En defensa propia, folleto de D. Luis Ruiz Contreras. Aun me en él se tratan asuntos de índole personal, con motivo del estreno en Barcelona del drama *Los señores de papel*, no deja de tener interés literario por las cuestiones que el Sr. Ruiz Contreras saca á plaza con ese motivo, en un estilo correcto y vigoroso. Precio, 1 peseta.
La señorita Manueta, juguete cómico-lirico en un acto y en prosa de los señores D. Heliodoro Criado y D. Luis Cocat, música del maestro Brull, estrenada recientemente en el Teatro del Tivoli.
Los congrejos, novela corta de D. Eugenio Antonio Flores, escrita con gran corrección de estilo. Precio, 1 peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Yo... y mi viñera.—Toma! y ahora queda una asonancia otros y... siempre le faltará gracia y novedad al epigrama.

El Alabarero.—Como el MADRID COMICO no es político, y las quisicosas si lo son... excuso decir que no caben aquí las quisicosas.

Sr. D. J. T.—Madrid.—Tienen un defecto común. Que son dos vulgaridades.

Ribot.—¡Caramba! Siento no poder seguir la broma, porque me parece que eso, ó cosa parecida, lo he leído yo en alguna parte.

Sr. D. M. A.—Madrid.—¿Quiere usted volver á enviar los dos epigramas firmados con su verdadero nombre? Porque con este trajín de los sonetos se me ha extraviado la cuartilla.

Sr. D. M. R.—Pero, hombre, ¿cómo ha de poder pasar un romance en que sean consonantes los que deben ser asonantes?

Karcanda.—A unos versos les sobran sílabas, á otros les faltan... ¡Todo sea por Dios y por la falta de oído!

Sr. D. M. A.—Madrid.—No sólo son demasiado inocentes para los tiempos que corremos, sino que las palabras *churadas* y *semejanza* son demasiado asonantes.

Traufur.—Copiaré el primer cantar, á ver qué tal le parece á usted mismo en letras de molde:

«¡Quieres dejarme chiquilla,
 quieres dejarme en paz!
 Porque con tanto besarme
 no va haber donde besar.»

En el segundo verso se ha comido usted una sílaba. Y en el cuarto se ha comido usted una á con acento y todo, que hacia muchísima falta.

Verdadero.—Está bien hecho y con cierta gracia; pero eso del motín de las verdaleras ha perdido la oportunidad á fuerza de hablar de ello.

Sr. D. J. G. O.—Si llegaron, pero no entraron en turno. Y como no puedo contestar á todos, sobre todo ahora que suele quedarme poco espacio...

Sr. D. A. V.—¿Qué quiere usted que le diga? Eso *me maná* á conocido. No puedo jurarlo sobre los Evangelios, pero me suena.

S. del Estero.—El romancillo es malo de veras. No tiene el diablo por dónde desecharle. ¡Palabra de honor!

Sr. D. G. N. de P.—De lo de Colón no hay que hablar, porque al *mitigarse genovés* no se le puede decir nada de provecho. Lo otro pertenece á un género pasado de moda completamente.

ANUNCIOS



Si usted se va de baños,
¿qué le sirve el traje,
si no lleva usted una
camisa para viaje?
Martínez.—San Sebastián, 5.



¡Oscacos del Don!
venid á beber
el rico cognac
fino de Mogueer.
Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



Para y óyeme, ¡oh Fortuna!
Aunque parezca imposible,
yo soy dichoso con una
dentadura inamovible.
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Si el reloj se te para,
no te atortoles,
que Brañas en seguida
te lo compone.
Matute, 12.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



Cuenta el profeta Isaías
que deplora haberse muerto
por no tomar un cubierto
de aquí, de Las Tullerías.
Matute, 6.



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



Yo admiro á Cortés,
Pizarro y Colón,
y obsequio á los tres
con un pantalón
legítimo inglés.
Pesquera.—Magdalena, 20.



Mis cien atractivos
realza y aumenta
Tomás, peluquero,
Alcalá, 40.



Para aguantar impávidos
el calor tórrido,
bebed anís riquísimo
del MADRID CÓMICO.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



Tendime en la cama,
¡la cama era férrea!
Dormí como un cesto
dos horas y media,
con plácida calma
soñando con ella.

Y al abrir los ojos
alcé la cabeza
y dije:—¡Dios mío!
¡qué dulce es la siesta
teniendo una cama
tan blanda y tan buena!

Bazar de la plaza de la Cebada, núm. 1.



¡Poquito se entretienen
los estudiantes
con las fotografías
interesantes!
(Catálogo, 50 céntimos en sellos.)
The Publishing Office.—Amsterdam.



El arreglarme el pelo
me causa un puro goce
en el salón de Rubio,
Peligros, 10 y 12.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO